

quinto curso. Carlos Rubio Ruiz, disertando acerca de «El Barómetro».

Empezó definiendo la atmósfera, su composición y proporciones en que en ella entran los cuerpos que la componen: «es una mezcla, dice, de nitrógeno, oxígeno y argón en proporciones casi constantes; y anídrido carbónico y vapor de agua, en proporción variable, según las circunstancias de lugar, altura, estación y vegetación. Forman también el aire, en mínimas cantidades, los elementos helio, neón, venón, cripton, y en él se encuentran todos los gases y vapores que se desprenden de la superficie de la tierra, y tras esto continúa dando a conocer las proporciones en que estos cuerpos se encuentran mezclados, resultando del análisis del aire seco las siguientes proporciones. Oxígeno 23.10 en peso y 20.90 en volumen. Nitrógeno 75.55 y 78.13 Argón 1.30 y 0.94 y Anídrido carbónico 0.05 y 0.03».

Una vez expuesta la teoría del Barómetro, entra en la definición de los más útiles y principales, haciéndolo del de cubeta, Fortín y el metálico; dando a conocer todos con un gran detenimiento y amabilidad.

Y termina diciendo: «ahora sólo pido por parte de vosotros benevolencia para juzgar mi labor».

Al terminar su notable disertación es aplaudido calurosamente, recibiendo de sus compañeros numerosas felicitaciones.

La conferencia del viernes último estuvo a cargo del alumno del quinto curso del bachillerato, Fernando Garrido Caverro, y el tema desarrollado fué «La Literatura Española en el Siglo XIX».

El conferenciante, que estuvo hábil de palabra, conciso en el concepto y muy acertado en la acción, dijo que en los tiempos actuales estimaba labor patriótica la de recordar que en el campo de la literatura no ha decaído España, conservando el lugar preeminente que siempre tuvo entre las demás naciones.

Examinó el carácter de la literatura española en los primeros años del siglo, citando las obras más notables y los rasgos más salientes de los grandes literatos.

Estudió la época romántica de nuestra literatura, ensalzando las obras geniales que produjo, con especial mención de las creadas por el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Espronceda y Zorrilla, dedicando a este último algunos párrafos encomiásticos por sus incomparables leyendas y por su enorme producción lírica, no olvidando al rey de la crítica, el malogrado Larra.

Reasumió con gran acierto el período de transición influido por las revueltas políticas que agitaron la vida de la patria, y enumeró con sus principales méritos las obras que de esta época han pasado a la historia de la literatura por sus

inegables excelencias, fijando especialmente en las grandes figuras, Echegaray, Campoamor y Fernández y González.

Llegando a los tiempos más próximos a la actualidad, reseñó la obra de Benavente y ensalzó como merece el trabajo del insigne Galdós, mencionando sus principales producciones. Después citó las obras publicadas por autores conguenses, sin olvidar a ninguno de los paisanos nuestros que se han distinguido en el arte literario en cualquiera de sus manifestaciones, y terminó haciendo gala de un optimismo muy propio de la juventud, que confía en que la patria que ha sabido mantener sus prestigios literarios a tan gran altura, no puede llegar a la decadencia que presumen los pesimistas.

El joven conferenciante fué muy aplaudido, y el público que llenaba el local quedó muy complacido.

A las enhorabuenas que en el acto recibieron nuestros compañeros, sirvamos unir la nuestra sincera y entusiasta.

## La dama del misterio

Era una bella tarde de primavera. El sol declinaba ya hacia su ocaso y parecía que el inmenso mar con sus insondables misterios lo devoraba poco a poco, las tenues rayas que reflejaba sobre las nubes y espumosas olas, formaban un admirable efecto luminoso, indescriptible para la musa del más apasionado poeta.

Yo, desde la popa de una pequeña canoa automóvil, bajo los efectos de la agradable y cálida brisa de un atardecer en las costas de Italia, acompañado de los débiles vaivenes producidos por el roce continuo de las olas con la pequeña embarcación, contemplaba extasiado la silueta de la grandiosa y pintoresca ciudad de Nápoles, con sus magníficas obras arquitectónicas, con sus majestuosas cúpulas que se alzaban en medio de la noche, se asemejaban a fantásticos y enormes gigantes, y allá a lo lejos, el cráter de un volcán en erupción, lanzando las flameantes materias que enriquecen su seno y demostrando una vez más, la mirífica obra de la omnipotente naturaleza.

La noche había extendido su manto por el infinito y espacioso firmamento; la marea comenzaba a subir, agitando las aguas del mar con brusca violencia; y la luna, en la espumosa estela que la canoa tras de sí iba dejando, brillaba trémula y agitada; mi mente soñadora admiraba todo cuanto lenta y sucesivamente aparecía nuevo, ora la negruzca embocadura del puerto, ora la blanca luz de los faroles de éste, ya la muchedumbre que bulliciosa y agitada se extendía en él.

Desembarqué y, ¡oh fantástica visión!, lo primero que mis ojos divisaron fué la

esplende divina de una niña, que no contaría más de diez y seis años, que con sus ojos brillantes y negros como el azabache, con su cutis ligeramente rosado, con su boca incitante y mirada por dos labios rojos y sonrientes, con sus blandos y sedosos cabellos que le caían sobre el traje blanco, asemejándose a la finísima lluvia de oro y su frente bellísima, terminada por dos cejas, lindamente arqueadas que se reunían en la parte alta de una nariz griega, parecía, en conjunto, la excelsa, la sempiterna, la más preciosa diosa del amor.

Los meses han transcurrido desde que yo viera aquella sublime y preciosa criatura. Durante este tiempo, todas las tardes, al alborar del vespertino crepúsculo, daba un paseo por el puerto con la esperanza de verla en toda su belleza, de ver sus rubios cabellos, de ver su boca seductora, de ver...

Al fin, una noche, ¡oh preciosa coincidencia!, en la recepción de un príncipe indio, la vi, sí, la vi más hermosa que nunca, la vi en el período álgido de toda su belleza, la vi con la sonrisa en los labios, con la seducción en toda su incitante figura.

La hablé, la dirigí multitud de preguntas, y ella, por toda respuesta, dió media vuelta y desapareció de mi vista; la busqué por todos los salones, pregunté a todos los criados de la casa, todo en vano, ya iba a su dueño, cuando se me acercó un ayuda de cámara, y me dijo que le siguiera, que una dama deseaba hablarme; yo, loco de entusiasmo, seguí al criado que me introdujo en un saloncito lujosamente amueblado estilo Luis XV: cuatro grandes jarrones, que en los ángulos de la habitación se hallaban, lucían vistosas y raras flores emanando suave y penetrante aroma, que atrofiaba mis sentidos.

En la impaciencia de la ya tan prolongada espera, en el ansia de ver aparecer la esbelta y virginal figura del hada que por entero ocupaba mi alma apasionada, púseme a recorrer la estancia, con rápido y agitado paso, pero ¡ay! esto duró poco tiempo, el perfume minutos antes tenue y agradable, habíase tornado asfixiante e iba haciendo lamentables efectos en mi débil organismo.

Los párpados, soñolientos, cerrábase contra mi voluntad; el corazón, nerviosamente agitado, latía con violencia; mi mente calenturienta, enloquecía, y una deusa nieblilla me hacía invisibles la mayor parte de los objetos; ya no tenía la menor noción de todo lo que en torno de mí sucedía, cuando oí un ligero roce de faldas, y al fin quedó coronada mi impaciencia, al fin la vi más provocativa que nunca, con una burlona sonrisa en sus labios de grana, la vi que se alzaba ante mi como se presenta el hada de la virtud